

## ASI ESCRIBE

## La pasión según G. H.

Voy a crear lo que me pasó. Sólo porque vivir no es narrable. Vivir no vivible. Tendré que crear sobre la vida. Y sin mentir. Crear sí, mentir no. Crear no es imaginación, es correr el gran riesgo de poseer la realidad. Entender es una creación, mi único modo. Con esfuerzo necesitare traducir señales de telégrafo –traducir lo desconocido a una lengua que desconozco, y sin ni siquiera entender para qué sirven las señales. Hablaré en ese lenguaje sonámbulo que si estuviese despierta no sería lenguaje. Hasta crear la verdad de lo que me pasó. Ah, será más un grafismo que una escritura, pues intento más una reproducción que una expresión. Cada vez necesito menos expresarme. ¿También eso perdí? No, aun cuando hacía esculturas ya intentaba apenas reproducir y sólo con las manos.

¿Me perderé entre la mudez de las señales? Me perderé, pues sé como soy: nunca supe ver sin, rápidamente, necesitar ver más. Sé que me horrorizaré como una persona que fuese ciega y finalmente abriese los ojos y enfocase –¿pero enfocase qué? Un triángulo mudo e incomprensible. ¿Podría esa persona no considerarse más ciega por estar viendo un triángulo incomprensible?

Me pregunto: ¿si miro la oscuridad con una lupa, veré algo más que la oscuridad? la lente no atraviesa la oscuridad, sólo la revela todavía más. Y si mirase la claridad con una lente, con un shock veré sólo una claridad mayor. Enfoqué, pero estoy tan ciega como antes porque enfoqué un triángulo incomprensible. Al menos que yo también me transforme en el triángulo que reconocerá en lo incomprensible mi propia fuente y repetición.

Estoy postergando. Sé que todo lo que estoy hablando es sólo para postergar –postergar el momento en que tendré que comenzar a decir, sabiendo que nada más me resta para decir. Estoy postergando mi silencio. ¿Toda la vida postergué el silencio? pero ahora, por desprecio a la palabra, tal vez finalmente pueda comenzar a hablar.

Las señales del telégrafo. El mundo erizado de antenas y yo captando la señal. Sólo podré hacer la transcripción fonética. Hace tres mil años me perdí, y lo que quedó fueron fragmentos fonéticos de mí. (PÁGS. 29-30)

ra su marido y sus hijos, sus otros, para continuar existiendo en tanto sujeto: una mujer casada, también ella, uno de sus otros, como la cucaracha y la empleada.

Ese ojo, así como en el cuento “La mujer más pequeña del mundo” trae a colación otro tema muy propio de la obra de Clarice: la clasificación. No sólo la arbitrariedad de la clasificación sino la precariedad de la clasificación. Lo enloquecedoramente efímero de la clasificación. Y la identidad es la clasificación por excelencia. Sin clasificación no hay identidad fija. Hay deriva. Caer infinitamente, dice Clarice en el cuento “La fuga”: “llegaba a comer cayendo, a dormir cayendo, a vivir cayendo, hasta a morir”. La libertad de la no clasificación. Y “la búsqueda de libertad frente a un mundo hecho entero para negarla es uno de los grandes temas de Clarice Lispector” (como dice su biógrafo Benjamin Moser). Los patrones previos, determinados por clasificaciones insatisfactorias, impiden el amor despertado por la mujer más pequeña del mundo en sus descubridores: luego del deslumbramiento, dónde la encajan. ¿Ella serviría la mesa? ¿Qué haríamos con ella en la casa? El descubrimiento de un ser singular despierta una serie de problemas en la realidad cotidiana con identidades fijas que quieren permanecer fijas. El amor no tiene cabida en lo cotidiano. Así ni cabe nombrar en lo cotidiano el lugar que a la pequeña mujer le pica. Y es necesario clasificarla para comenzar a colocar el mundo, nuevamente, en orden, después de tamaño amor despertado: “Y, para conseguir clasificarla entre las realidades reconocibles, de inmediato comenzó a recoger datos sobre ella”. (**Lazos de familia**) Las identidades que se quieren fijas, por querer ser fijas, exactamente por eso, no están preparadas para el amor, la esperanza máxima de libertad en relación a identidades e instituciones –según Pierre Bourdieu en **La dominación masculina**.

Sin Clarice Lispector y sin amor nos quedamos más solos en la habitual escena de nuestras vidas en la que nos encontramos con una cucaracha. La vida que late en ella responde a la nuestra, tan carente de sentido.

Con Clarice Lispector, al dar vuelta la página, podemos saber que la literatura puede acabar por ser aquella tan famosa experiencia de la escritura como fracaso: por no caber en la realidad circundante, la libertad vuela para ser escrita. Pero puede, también, y mejor aún, ser una invitación a la deriva que el amor, la libertad y lo prohibido proponen. Nunca se sabe dónde desagotar tanta agua viva, sea turbia o cristalina. Dejémoslo llevar por su acuoescritura.

Es verdad que a veces es necesario estar sola frente a una cucaracha para darnos cuenta de que podemos ser más fuertes de lo que pensamos.

TRADUCCIÓN: MARINA MARIASCH

## ANA PRIETO

Es que fui una adolescente confusa y perpleja que tenía una pregunta muda e intensa: ¿cómo es el mundo? y ¿por qué este mundo?”

Eso escribió Clarice Lispector a los 47 años: la adolescencia dejada atrás hacía tiempo, la confusión tanto como pudo, pero la perplejidad acompañó a la escritora brasileña durante toda su vida. El misterio que le atribuían los demás podría pasar por el mito forzosamente construido alrededor de cualquier ser extraordinario. Pero en el caso de Clarice, ella era la primera en descubrirlo y sorprenderse: “Mirarse en el espejo y decirse deslumbrada: qué misteriosa soy”, escribió en su novela **Aprendizaje o el libro de los placeres**. El misterio de la propia historia, del origen y la divinidad, y la manera en que todo ello se funde en el instante siempre inasible de la vida cotidiana, es lo que nutre la literatura única de Clarice Lispector.

¿Por dónde se empieza a escribir sobre ella? ¿Cómo puede abordarse la vida de una persona tan hermética como mundana, tan hermosa como sufrida, que desde sus primeros escritos puso las grietas más íntimas de su alma al servicio de una prosa que tenía como aspiración la “revelación de un mundo”? El crítico norteamericano Benjamin Moser se propuso la titánica tarea de narrar a esta mujer huidiza y compleja y el resultado, después de cinco años de trabajo, es **Why This World** [Por qué este mundo], la primera biografía en inglés de Clarice Lispector. Fue publicada a mediados de 2009 simultáneamente en EE.UU., Inglaterra y Brasil (allí en portugués), considerada entre los mejores libros del año. Moser revela hechos en la vida de Lispector que nadie había contado hasta hoy, muy especialmente la violación de su madre, Mania, por parte de una banda de soldados rusos en los pogromos que devastaron Ucrania tras la I Guerra Mundial. Así contrajo sífilis, y, enferma, concibió a Clarice, cuyo nombre original fue Chaya hasta su llegada a Brasil con sus dos hermanas y sus padres siendo todavía un bebé. Asistió durante sus primeros años a la lenta muerte de su madre y al silencio en torno a las causas de su enfermedad. Si bien Clarice y su hermana Elisa dejan entrever en sus escritos la agresión que sufrió Mania, sólo cazando incontables testimonios, muchos de ellos anónimos, pudo Moser confirmar la violación: “Y no todos me lo agradecieron”, dice. “Pero es algo tan importante en la vida de Clarice que no había manera de no contarlo”. Y es que para el autor buena parte de la angustia existencial de Lispector, de su búsqueda incansable por pertenecer, si no a este mundo, al sentido de lo trascendente, se originan en ese traumático



Clarice. “La suya es una herencia moral”, dice Moser.

## Entrevista Benjamin Moser

## El lenguaje místico

La violación que sufrió la madre de Clarice Lispector en Ucrania es una de las mayores revelaciones que Benjamin Moser hace en la primera biografía en inglés de la autora brasileña.

## MOSER BASICO

HOUSTON, 1976. CRITICO, EDITOR, TRADUCTOR

Se recibió en Historia en la Universidad de Brown (EE.UU.), y se doctoró en la Universidad de Utrecht, Holanda. Escribe la columna New Books de Harper's Magazine, y colabora en The

New York Review of Books. Su biografía sobre Clarice Lispector (2009) se ha convertido en un éxito de ventas y ha sido aplaudida por la crítica. Será editada en Francia y Portugal.

hecho familiar; en esas raíces cortadas y vapuleadas. Con soltura de cronista, perfeccionismo de historiador y una gran sensibilidad literaria, Moser construyó un relato casi total de la totalmente inefable Clarice Lispector.

**– Los investigadores suelen sentir que su trabajo no termina nunca, pero llegan a un punto en el que ya no pueden investigar ni escribir más; en el que dicen “hasta aquí llevo”. ¿Cuál fue su sensación al terminar “Por qué este mundo”?**

– Por un lado, la satisfacción de haber concluido un proyecto que tomó cinco años de mi vida; la alegría de poder llevarla al mundo y a los lectores, cuyas reacciones han compensado –y mucho– el tiempo y el amor que puse en el libro. Porque un libro como éste sólo se puede hacer por amor –si no no valdría la pena–, y eso implica, justamente, que uno no quiera dejar que la heroína muera. Claro que ella murió sin mi ayuda, pero uno siente realmente que tiene la vida de esa persona entre sus manos. Lo fascinante es que Clarice también tenía esa sensación. Al final de su vida quería dejar que sus personajes murieran y no puede, no puede; siente que si mueren ella también tendrá que partir. Lo que de hecho –uno de los tantos misterios de Clarice– ocurrió. Yo la dejé morir en mi libro y, felizmente, sigo aquí todavía, vivísimo...

**– Todo proceso de investigación supone temores y frustraciones. ¿Cuáles fueron los suyos?**

– Cuando un libro está impreso y terminado todo eso se olvida, gracias a Dios, porque de hecho el proceso fue muchas veces penoso. Por un lado, por cuestiones prácticas –la distancia a la que vivo de Brasil–, y también por cuestiones más intelectuales: no me sentía a la altura de esa persona olímpica; sabía que no iba a tener otra biografía en inglés y sentí una enorme responsabilidad por hacerla bien. Y después hubo asuntos más banales; los que están casi concebidos para volver locos a los futuros biógrafos, que somos una raza necesariamente obsesiva. Así es que anduve por Suiza a la caza de un nombre que encontré en una carta en el archivo de Río de Janeiro: un muchacho extranjero, Ulises, que estuvo enamorado de Clarice durante los años que ella vivió allá. Llamé a las redacciones pidiendo que algún periodista hiciera un artículo sobre ella, para ver si aparecía alguien que lo hubiese conocido. Nunca lo encontré.

**– ¿Especuló sobre lo que habría sucedido si su vida hubiese sido distinta?**

– Sí, y diría que esa es la mayor frustración: la incapacidad del biógrafo para cambiar lo que fue de una vida que estuvo llena de tristezas. Ella te da mucho y uno quiere darle algo a cambio; quiere ayudarla, por tonto que suene. Creo que sus lectores me enten-

## ASI ESCRIBE

### Por qué este mundo

“Los hechos y las particularidades me fastidian”, escribió (...). En su vida y escritura hizo esfuerzos por borrarlos. Pocas personas, sin embargo, se han expuesto como ella. A través de las muchas facetas de su trabajo –novela, cuento, correspondencia y periodismo, en esa prosa espléndida que la convirtió en “la princesa de la lengua portuguesa”– una única personalidad se disecciona implacablemente y se revela de manera fascinante, en la que quizá sea la más grande autobiografía espiritual del siglo XX.

“A la vez que deseo defender mi privacidad, tengo el intenso deseo de confesarme ante un público y no ante un cura.” Su estilo de confesión buscaba desenterrar las verdades íntimas de una vida de incesante meditación. Esta es la razón por la que Clarice Lispector ha sido comparada menos con otros escritores que con místicos y santos. (“WHY THIS WORLD”, PAG. 4-5. TRAD.: ANA PRIETO)

derán: el lector de Clarice logra una intimidad muy grande con ella. Hubiera querido que fuese más feliz en el amor, que su hijo no tuviese problemas mentales, que a su madre no le pasara lo que le pasó. Llevar a su papá de vacaciones, por una vez aunque sea; a ese hombre heroico que sacó a su familia de la desastrosa Ucrania y consiguió establecerla en una tierra extranjera; que dio de comer a sus hijas, y no pasó un día siquiera sin preocupaciones ni humillaciones. Murió sin saber a qué alturas Clarice llevaría su nombre.

**– ¿Cuál cree que es el mayor aporte de su biografía a lo que se sabe sobre ella?**

– Para mí no hay dudas de que el hecho nuevo más importante es la violación de su madre durante los pogromos que acabaron con las vidas de centenares de miles de judíos después de la I Guerra. No eran incidentes aislados, fue una política deliberada de humillación y matanza. Y en ese momento, las más victimizadas fueron las mujeres (como en la Argentina, el sadismo sexual no era ninguna casualidad: a los torturadores les gustaba ese tipo de violencia). Entre las víctimas estuvo la señora Lispector, una mujer que con su salud destruida y ya casi parálitica, consiguió llevar a su familia hasta el lejano Brasil, donde su hija menor la vio morir durante los primeros nueve años

de su vida. Clarice, una niña, no pudo hacer nada para salvarla. Lo único que le quedó –algo que me conmovió bastante– fue contar historias en que algún ángel, algún santo, llegaba para salvar a su mamá. Fracasó. Ese deseo de salvar a través de sus escritos estuvo presente en su obra hasta sus últimos días. En el taxi que la llevó al hospital donde moriría, le dijo al conductor: “Imagínate que no vamos al hospital, que no estoy enferma, que vamos a París”.

**– Por esa dimensión mística de Clarice, ¿usted afirma que es “la escritora judía más importante después de Kafka”?**

– Bueno, como en la vida de todos nosotros hay varios aspectos. A Clarice la podemos describir como una escritora judía o mujer o brasileña o latinoamericana o lo que sea, y todo eso es verdad. Pero para quien conoce la literatura judía, las semejanzas de la obra de Clarice con escritores judíos muy antiguos –y que ella no conocía– son asombrosas. Ves a una señora elegante en la playa de Copacabana y no la relacionarías nunca con un rabino de Cracovia del siglo XVI, pero al leerla encontrás las mismas preocupaciones: la personalidad formada por el exilio y la persecución primero, y luego la importancia no sólo de la palabra –una preocupación muy propia de los judíos–, sino también del poder místico del lenguaje. No es casualidad que Clarice intentara salvar a su mamá por medio de la palabra. El místico cristiano, por ejemplo, intenta alcanzar a Dios por medio de la oración, de la imitación de Cristo. El hindú lo hace muchas veces por ejercicios físicos como el yoga. El judío lo hace a través de la palabra.

**– ¿Por qué cree que Clarice nunca quiso volver a Chechnik, su tierra natal?**

– Creo que lo que más quiso en su vida fue haber nacido en otras circunstancias, en otro lugar, sin todo el horror que acompañó su origen y que la marcó para siempre. Quería que no le pasara a su madre lo que le pasó. Quería pertenecer a Brasil. Es interesante que los brasileños siempre la vierten como una extranjera. Habla raro, con un acento que nadie sabía de dónde provenía y que se debía, en realidad, a un defecto de dicción. Conocí muy bien a su hermana, doña Tania, que no tenía nada de eso. Era una señora muy elegante, muy correcta, muy brasileña. Muy judía, pero nada extranjera. Sin embargo, Clarice fue vista como una cosa extraña, “el monstruo sagrado” –ella, que siempre quiso ser vista como una persona como cualquiera otra.

**– ¿Cómo la colocaría en la perspectiva de la literatura latinoamericana de su tiempo? Por entonces, Cortázar, Neruda, Rulfo, Paz eran algunos de los nombres que se consagraban.**

– Por un lado, ella era una lati-

noamericana de su época como tantas otras. Pero al compararla con los escritores que citas aquí, notas una diferencia muy profunda. No creo que Rulfo o Cortázar tuvieran la ambición que tuvo Clarice, que era nada menos que “la reconstrucción del mundo”. Se puede decir, sí, que los latinoamericanos de esa generación tenían tales ambiciones. Neruda, por ejemplo, también quería reconstruir el mundo, pero por la vía política, igual que Octavio Paz, cuyas primeras obras tuvieron que ver con la opresión de los campesinos. Pero lo que quiere Clarice es distinto. Ella, desde niña, quiere rehacer el mundo por la vía mística, y sabe de la imposibilidad de su proyecto. Vemos en **La pasión según G. H.** –en que la mujer, después de una crisis mística, termina comiendo una cucaracha–, que el deseo de Clarice, ¡a quien le da un asco tremendo!, es el de reunir lo más íntimo del ser humano con la materia divina de la que estamos hechos.

**– Tras “Cerca del corazón salvaje”, se la comparó con Woolf, Joyce y Proust, cosa que a ella no le gustó nada. Cuando la leyó por primera vez, ¿usted también evocó a otros autores?**

– Me resulta muy difícil compararla con otros escritores. El gran artista siempre tiene una cosa única, fuera de serie, que no le debe a nadie y ante él, sin saber cómo, la grandeza simplemente se siente. Desde el principio Clarice me fascinó. Cuando fui a Brasil por primera vez, a los diecinueve años, hice un enorme viaje en autobús a Argentina, Uruguay y Paraguay; estuve en cuatro países, cinco estados brasileños, no sé en cuántas provincias argentinas, y lo único que me impresionó fue **La pasión según G. H.** que había comprado en una librería de Florianópolis. ¡No vi nada! Eso sólo pasa pocas veces en la vida. Como el amor.

**– ¿Un escritor, o un aspirante a escritor, puede aprender algo de Clarice?**

– Un joven escritor –un escritor de talento– que me entrevistó en San Pablo, me dijo que los jóvenes escritores de Brasil sienten el peso de haber nacido después de Clarice: sienten que ella lo dijo todo, que no les queda más nada. Y eso los oprime. Entendí perfectamente lo que quiso decirme, a pesar de tener un costado un poco ridículo, es decir, no ves a escritores argentinos por las calles de Buenos Aires diciendo “¡Ay de mí, nací después de Borges!” Todo escritor, todo artista, toda generación, tiene que inventarlo de nuevo. Y la herencia de Clarice no es tanto literaria como moral: la fidelidad a uno mismo. Al final de su vida dijo, un poco orgullosa: “Que eu saiba nunca fiz concessões” (“que yo sepa, nunca hice concesiones”). Por eso es tan querida y admirada. ¿Cuántos podemos decir lo mismo?

## OPINION

POR  
GONZALO GARCES



SOBRE “TIEMPO DE VIDA”, DE  
MARCOS GIRALT TORRENTE

### El problema del padre

Cada tanto, un reportaje, un libro de historia o un ensayo me hacen sentir que el género novela es una estupidez. Uno lee **La evolución de Dios**, de Robert Wright, o **la Historia de Israel**, de Howard Sachar, y después una novela, y siente que está ante una forma de narración más pobre. Ciertamente, la novela te da algo que el historiador o el científico no pueden darte; pero cómo no desear que la novela tuviera esa variedad, esa calidad de reflexión, esa seriedad no solemne. Seriedad. Esa palabra me vino mientras leía **Tiempo de vida**, el libro que acaba de publicar Marcos Giralt Torrente. Es un relato verídico. El tema es el padre del autor, que fue un pintor conocido en España y una presencia inconstante en la vida de su hijo. La seriedad de Giralt Torrente consiste en no pretender nunca entender más de lo que entiende, aun cuando entender es algo que ardentemente necesita. Desconfía de los personajes definidos, porque representar personajes fue lo que convirtió al vínculo con su padre en una fantasmagoría. Así, atento sobre todo a no mentir, ensaya aproximaciones a esa figura elusiva. Hay observaciones memorables como ésta: “Era humilde con los humildes y despreciativo con los soberbios, pero tanto la humildad como el desprecio los ejercía atenazado por una nerviosa turbación, de forma que ni la una ni el otro eran percibidos por su destinatario con total nitidez”. Pero el misterio del padre, al final, resiste a todos los asedios. O resiste porque es asediado. Porque el mismo hombre que a primera vista parece de una pieza, si se fija la mirada en él con suficiente ansiedad y suficiente amor, se vuelve insondable. Esa clase de atención disuelve al objeto observado. Ahora bien, ésta es por excelencia la mirada del hijo. Y por eso, los problemas que plantea el hecho de tener un padre son también problemas para el arte de narrar. El libro de Giralt Torrente será un relato conmovedor, pero también es un proceso en regla contra los artificios del narrador. Hay una historia, eso parece asegurado; pero ¿hay personaje?